

EL NORTE.

SEMANARIO DE EDUCACION, MORAL, LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

SUSCRICION		PUNTOS DE SUSCRICION.		SUSCRICION	
EN MADRID.		EN PROVINCIAS, en las principales librerías, o librando por correos el importe de un trimestre, en cuyo caso los suscritores disfrutarán las mismas ventajas que los de Madrid. No se admite correspondencia que no venga franca.		EN PROVINCIAS.	
Un mes		En las librerías de Monier, Carrera de S. Gerónimo, los dos Amigos, plazuela de Heradores n.º 4; Bailly-Baillere, calle del Príncipe; Cuesta, calle Mayor, y en la Administración del periódico, calle de S. Millán, 4—pral.		Un mes	
Tres				Tres	
Seis				Seis	
Un año				Un año	
4 rs.				5 rs.	
10				13	
18				24	
34				46	

ADVERTENCIA.

SUPLEMENTO AL NORTE.

Siendo nuestro objeto ser útiles á todas las clases de la sociedad segun anunciamos en nuestro prospecto, y no pudiendo sernos indiferente la suerte de los profesores de instruccion pública, hemos concebido la idea de añadir á nuestro periódico una seccion que trate esclusivamente de los intereses de estos funcionarios y se dirija con especialidad al engrandecimiento de la «Sociedad de socorros mutuos entre profesores de instruccion pública» á la cual pueden

pertenecer no solo los profesores sino tambien los que no lo sean, siempre que reunan las circunstancias marcadas en sus estatutos. Esta asociacion benéfica tiene por objeto asegurar pensiones á los individuos que la formen y se inutilicen para el ejercicio de su profesion, y á sus viudas, hijos ó padres; asi como tambien jubilaciones á los socios septuagenarios. Actualmente socorre á dos socios inutilizados y á las viudas y huérfanos de otros 54.

Tan filantrópica y útil institucion no podia menos de escitar nuestro interés; en su obsequio, y tan pronto como tuvimos noticia de ella, resolvimos consagrarle una seccion en nuestras colum-

nas; pero habiendo tropezado para ello con obstáculos que no podian allanarse por ahora, nos ha sido preciso determinarnos á publicar provisionalmente un suplemento por separado, hasta que vencidas las dificultades que actualmente nos impiden, podamos elejirle en nuestras columnas. Saldrá el suplemento dos veces al mes, sin día fijo, y constará de un pliego de impresion en 4.º ordinario.

PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID. Tres meses ó sean seis números, 6 rs. Seis, ó doce números, 10 rs. Un año, 18 rs.
EN PROVINCIAS. Tres meses 7 rs. Seis id. 12. Un año 22.

Los suscritores á *El Norte*, que lo sean por año, obtendrán el suplemento con la rebaja de un real por cada trimestre.

RAPIDA OJEADA

SOBRE

LOS REYES DE INGLATERRA,

desde el restablecimiento de la línea sajona hasta la muerte de Carlos I.

A la caída del imperio Occidental de Roma, acaecida en el año de Jesucristo 476 y 1224 despues de la fundacion de esta, el

Occidente se subdividió en cuatro Reinos, á saber: la Italia conquistada por los Godos y Lombardos: la Alemania y la Galia por los Francos y Borgoñeses: la España por los Visogodos y la Inglaterra por los Pictos y Sajones.

Mil seiscientos de estos, capitaneados por Hengist y Horsa, desembarcaron en la Gran-Bretaña; y con sus fuerzas, y el auxilio de los Bretones, que habiéndole implorado en vano de Roma se asieron como de su último sosten de aquellos, arrojaron del Reino, objeto de su ambicion, á los escoceses; y vinieron á quedar los coaligados por dueños y señores de tan importante monarquía. Sin embargo, esta coalicion debia ser muy poco duradera. Los sajones que al consentir se uniesen á ellos los bretones, habia sido tan solo movidos por el interés de asegurar su conquista, engruesaron en número, y no pudiendo ya tolerar la asociacion de estos entablaron con ellos una lucha sangrienta y sostenida por espacio de ciento cincuenta años, al cabo de los cuales se llamaron los sajones señores de Inglaterra.

En la época á que nos referimos, los países Occidentales eran teatro de las escenas mas terribles de desolacion: los bárbaros, alentados por el placer de la venganza, se disputaban los reinos; y por do quiera que estendian la victoria, la empañaban entre-gándose con perverso furor al desenfreno y al saqueo. Las leyes, las artes y la literatura romana, desaparecieron para dar cabida á costumbres, vestidos y hasta nombres distintos. Siglos de tinieblas ó góticos, llama la historia á los que mediaron desde la caída de Roma, hasta el siglo XI: á estos tiempos de desolacion, en que la Europa entera se hallaba sumergida en la mas completa ignorancia, en que la Europa entera, por decirlo así, yacia entre las sombras de la noche.

Establecióse el sistema feudal, y con el

las calamidades mas inauditas. Cada señor quiso ser un rey, y de aquí las continuas desavenencias, y de aquí las guerras desoladoras que inculcaron en los pueblos, con la velocidad del rayo, la mas estúpida ignorancia.

Al llegar á poseer los sajones la Inglaterra, establecieron siete reinos, denominados la Heptarquía; los cuales vinieron por fin al poder de Egberto, primer rey de Inglaterra.

Entre los sucesores de Egberto, hubo uno llamado Alfredo que dió algunos pasos hacia la civilización; se hizo notable por su valor y prudencia, estableció la legislación entre sus pueblos, y constituyó una poderosa armada.

Durante el reinado de los sucesores de Alfredo, repitieron los daneses sus escursiones, é intimidando al indolente Ethelred, le obligaron á pagarles tributo, á lo cual este príncipe, tan poco valiente como perverso, se prestó sin resistencia alguna; si bien llegado que fue el momento fatal de su venganza, hizo rodar, contra todas las leyes de política y humanidad, y contra toda la conveniencia de sus pueblos, las cabezas de todos los daneses que se hallaban en sus dominios: inocente sangre vertida para aplacar el enojo de un tirano: sangre en la que habia de nadar y sucumbir su tronol. Semejante acción era provocar la cólera de Siveyn, rey de los Daneses, era el imprudente insulto de un rey débil al frente de un reducido número de soldados, contra otro rey fuerte cuya voz escuchaba un numeroso ejército. Fatal habia sido el paso dado por Ethelred: fatales debian ser las consecuencias. En efecto, Siveyn compelido por el justo enojo de una acción tan villana, desembarcó en Inglaterra con un numeroso ejército, se hizo dueño del país, y en el año de mil diez y siete legó el trono á su hijo Canuto el Grande.

A la muerte de Harold y Hardicanuto sucesores en el trono de la Gran-Bretaña á Canuto el Grande, subió sus gradas Eduardo el confesor, en el año de mil cuarenta y ocho, en que se restableció con él la línea Sajona.

El duque de Normandía fue designado por éste para sucederle en el trono; pero Harold se apoderó de él, y solo en fuerza de batallas, de las cuales la de Hastings fue la decisiva, por haber muerto en ella el mismo Harold, pudo Guillelmo apoderarse del cetro, tomando posesion de él en el año de mil sesenta y seis, con el nombre de Guillelmo Primero, ó el Conquistador.

Guillelmo tuvo tres hijos llamados Roberto, Guillelmo y Enrique. El primero estaba dotado de todas las buenas cualidades de un guerrero, si bien el valor y generosidad estremada de su carácter, cedian alguna vez el puesto á la cólera y terquedad. El segundo era mas propio para manejar el cetro entre las intrigas de la corte, que capaz para conservar ileso el brillo de la corona en el campo enemigo. El tercero finalmente habia sido dotado por el cielo con todas las cualidades de un rey sabio, justo y amante de sus pueblos.

Una desavenencia pueril entre estos hermanos, fue causa de una guerra civil, si bien poco duradera. Roberto, cuyo genio colérico é imprudente hemos descrito ya, reprendido por Guillelmo Primero y tomando quizá un pretexto despreciable para apoderarse del trono: Roberto que, á causa de su genio atolondrado, contaba no pocas simpatías entre los jóvenes nobles de Inglaterra, se fugó del Palacio Real, y levantó contra su padre y rey un ejército, que solo podia llevar en su bandera, grabada con letras de fuego, la palabra crimen. Aun mas, este Príncipe que tan pronto habia empezado la carrera del desorden, este príncipe parricida en lo moral, estuvo pró-

ximo á cometer el mas horrendo de los delitos, derramando la sangre de su padre.

Era cuando ambos ejércitos, pugnando con un furor febril, abanzaban uno á otro con la ceguedad de la venganza. Entonces el jóven príncipe, que oculto en la armadura se confundia entre sus vasallos, luchaba con ardor indecible con otro de las filas contrarias: sus golpes tan terribles como el azote del huracan, chocaban en el hierro de que estaba vestido su enemigo: la ventaja estaba de parte de Roberto, y su adversario que no contaba ni con tantas fuerzas, ni con tan corta edad; cayó rota su visera, á los pies del príncipe. Ciego éste de furor levanta el acero; pero al descargar el golpe, sus ojos se fijaron en la mirada triste de un anciano, sobre su cabeza cayó la maldicion de Dios, un grito sordo, de horror, se escapó de su pecho, y el acero inhumano cayó rodando á los pies de su victima.... era su padre.

Hemos hecho aprecio de este caso, por que fue el desenlace de la guerra civil, pues Roberto horrorizado de su crimen, se arrojó á los pies del rey, implorando perdon.

Hay un Dios que vela sobre la inocencia y domina el crimen: hay un castigo para el culpable, y este príncipe que tan rapidamente habia corrido los eslabones en la cadena de la maldad, no podia quedar sin él. Sin embargo de ser el primogénito, y de haber intentado por todos los medios subir al trono, vió elevarse á él, muerto su padre, á sus hermanos, en tanto que encerrado hasta su muerte, en una prision, regaba el pavimento de su calabozo con el llanto del remordimiento.

En el año de mil ochenta y ocho fué rey Guillelmo II, hijo del I de este nombre, y conocido tambien por Guillelmo el Rojo. Este rey malvado, reinó tan solo doce años, legando únicamente á sus pueblos la memoria de su perversidad. Su muerte fue de

las mas estrañas y crueles, si bien merecida por su conducta: uno de los muchos dias en que seguido de su comitiva se ocupaba en la caza, Walter Tyrrel que se habia apartado del séquito persiguiendo un Gamo, lanzó una flecha disparada á este animal, que fue á atravesar el corazon del soberano. El regicida voló á ocultar su crimen en Francia, y el cadáver de Guillelmo quedó abandonado, y habria servido quizá de alimento á las fieras, si unos aldeanos, posponiendo sus agravios á la compasion, no le hubieran dado sepultura.

Como Guillelmo el Rojo murió sin sucesion, pasó la corona á su hermano Enrique, en el año de mil y ciento, y este príncipe tan buen padre como rey, y tan amado de sus pueblos, tuvo tres hijos, el uno varon, llamado Guillelmo, en el cual cifraba la Nacion sus esperanzas; mas murió naufrago á la edad diez y ocho años, al regresar de Francia á Inglaterra con una de sus hermanas dejando á su padre en el mas completo desconsuelo. Quince años, dice la historia que reinó Enrique, despues de la muerte de su infortunado hijo, sin que en todo este tiempo apareciese en sus labios la mas ligera sonrisa.

Al morir Enrique, legó la corona á su única hija y sucesora Matilde. Toda la nobleza y clero de Inglaterra recibió con regocijo y entusiasmo á la jóven reina, hija del soberano sabio y justo, á quien tanto habian amado. Sin embargo, entre tantos vasallos nobles, que habian jurado acatar á Matilde, como la persona designada á dirigir desde la altura del trono, bajo el dosel de Inglaterra, los intereses de sus súbditos, descolló un hombre ilustre aunque malvado, un general valiente aunque perjuro, que olvidando las relaciones de parentesco, demasiado inmediatas que le unian á la reina, levantó su espada rebelde de los pies del trono, para conquistar con ella una corona,

que en manera alguna estaba destinada á ceñir sus sienes: este general se llamaba Esteban, y era primo de la reina.

Entonces hubo guerras largas y sangrientas que devastaron el país, luchas de la inocencia contra el crimen; luchas de una reina con legítimo derecho, contra un usurpador cuyo único sosten era alguna fuerza compuesta de ambiciosos y perdidos, y no obstante, fue rey, aunque por poco tiempo, y obligó á Matilde á despedirse de su patria y de sus súbditos, que la amaban para ir á ocultar su desgracia lejos de un tirano; para ofrecer á su hijo Enrique, un pan lleno de lágrimas, cuando poco antes le reservaba una corona, que tan brillante habia salido de las manos de su abuelo. Triste situacion la de una reina cuando ve hollado su poder, y sus fieles súbditos intimidados no la tienden una mano bienhechora; y los mismos que han derramado su sangre por la Real proscripta dejan caer su llanto sin osar siquiera enjugarlo.

Hay una cadena débil que rodea los miembros de un preso á quien no espera un patíbulo, y esa cadena subsiste hasta que el carcelero la retira; pero hay una cadena fuerte, que oprime á un hombre desgraciado, á quien se ha leído su sentencia de muerte, á un hombre que por una parte divisa un horizonte negro, un cadalso; mientras que por otra, ve la vida, la libertad y una mañana clara, y un cielo puro, y un delicioso ambiente de felicidad... y aquella cadena va cediendo á sus impulsos, y aquella cadena salta en un acceso de desesperacion. Pues bien, hay un trono que refrena las pasiones cual lo hace un padre con sus hijos, y ese trono subsiste y se hereda de generacion en generacion, pero hay un tirano que le coloca sobre las cabezas de sus súbditos, y esos vasallos que solo esperan infortunios, llenos de horror abandonan sus puestos, y el trono y el ti-

rano se estrellan contra el suelo. Y he aquí á Esteban caído del s6lio, y he aquí á sus soldados que le ensalzaron, y despues al grito de ¡viva Matilde! le sumieron en las tinieblas de un calabozo.

Despues la hija de Enrique I reinó pacíficamente un año, al cabo del cual habiéndose Esteban evadido de la prision, levantó otro ejército, y se entabló otra guerra civil aun mas sangrienta y aun mas bárbara de parte de los adictos de este, cuando poco tiempo antes habian recibido con su soberanía un desengaño. Volvió, sí, á reinar Esteban; pero el cielo que hasta entonces habia permanecido imposible á las desgracias de Inglaterra, tomó á su cargo la venganza de Matilde; y el usurpador vió morir prematuramente á su querido hijo Eustaquio, y bien pronto él mismo descendió á la tumba, y con su muerte facilitó el que subiese al trono su legítimo heredero, Enrique Segundo, hijo de Matilde.

El año de mil ciento cincuenta y cinco, fué el primero que vió reinar á Enrique. Nada mas oscuro, nada mas inconexo que la multitud de anédotas que se refieren de este Rey y la bella Rosamunda Elifford: semejante historia, mas podrian formar un interesante argumento de novela, que servir para llenar nuestro objeto de reunir, en pocas lineas, hechos verdaderos; y por lo tanto nos permitirán nuestros lectores, que pasemos con prontitud sobre sus páginas de obscuridad, sin detenernos en asuntos que en el mero hecho de ser dudosos pierden su interés. Es lo cierto que el matrimonio de Enrique y Leonor estuvo en continua desavenencia, y que llegó un dia en que el primero reconoció los yerros de su conducta.

(Se continuara.)

LA FLOR DE LA FUENTE.

Una tarde Luisa salió de la cabaña del honrado Bartolomé su padre, pobre cabrero que todo el día estaba en el campo con su rebaño vagabundo cuyas campanillas con argentino sonido se destacaban en notas claras y caprichosas sobre el acompañamiento monótono y dulce del toque de oraciones. Bartolomé no tenía mas bienes en el mundo que su rebaño, su choza miserable abierta á la inclemencia del tiempo y por cuyas rendijas se divisaban de noche las estrellas, una humilde cruz de plata bendita por el Santo Padre, y sus dos hijas Luisa y Laura, pero estas eran un tesoro que le hacía rico de alegría y de amor. Bartolomé había perdido á su mujer ya hacía algunos años.

Laura era aun una niña traviesa y vivaracha, corriendo por los caminos con sus hermosos pies descalzos y dorados por el Sol, como las garras de los grifos que sostienen los muebles de los poderosos de la tierra. Apenas contaba Laura doce años, y llevaba alegremente su zagalejo de tela encarnada bordado de blanco, y sujeto á los hombros con bandas de lana negra, porque el terciopelo era demasiado rico para ella.

Luisa tenía diez y ocho años. Había tenido, como su joven hermana, el brillo de la salud, frescas mejillas y facciones tostadas y espresivas. Como Laura había tenido la franca sonrisa de la juventud y la alegría. Pero ya hacía un año que su mirada se había empañado, su tez había palidecido, sus labios se habían puesto blancos; yo no sé que secreto pesar había adelgazado y marchitado los graciosos contornos de sus mejillas. Muchas veces el viejo Bartolomé, enjugando una lágrima que temblaba en sus párpados, le había dicho cojiéndola por su delicado talle, interrogando sus negros

ojos que aun parecían mayores á causa de su enflaquecimiento:

—«Luisa mia, tu me ocultas alguna cosa; tu has llorado hoy; ¿qué tienes?»

Pero la joven intentaba sonreirse y respondía. «No tengo nada, padre mio.

Acaso hubiese confiado el secreto á su madre; pero su madre estaba en el cielo y no podía oírle mas que en sus oraciones. Ayl Luisa no rezaba ya. Un vicio vergonzoso se había apoderado de ella. Tenía envidia de la felicidad de sus compañeras.

Una tarde, pues, llevando sobre su cabeza una de esas vasijas de cobre de antigua forma, con las cuales las jóvenes romanas con la mano en la cadera, corren por los campos cantando alguna armoniosa romanza, Luisa tomó el camino de una verde colina que se elevaba en suaves ondulaciones á una media legua de su aldea, y cuando las revueltas del sendero la ocultaron á los ojos de sus compañeras que al son de la pandereta bailaban una saltarella, su alegre cancion cesó de repente, y gruesas lágrimas surcaron sus mejillas.

Era un viernes.—El sol había desaparecido detras de nubes inflamadas que arrojaban sobre las campiñas, tersa y tranquila, como un manto de color de violeta. En el oriente entre el azul verdoso, se elevaba la luna en creciente surcada por nubecillas negras parecidas á tachones de tinta, lo que es de mal agüero, segun es sabido.

Luisa estaba á la mitad del camino de la colina, cuando fue alcanzada por su hermanita Laura que llevaba igualmente sobre su cabeza uno de esos cántaros de cobre.

Virgen Santal exclamó la niña, vas á la fuente, Luisa, hoy que es día de las hadas!

—¿Por qué te has venido conmigo, Laura? Si padre vuelve no encontrará á nadie en casa.

Y esta simple reprension fue hecha con tono áspero y desagradable.

—Porque no he querido dejarte ir sola á la fuente.

Luisa no respondió, una violenta contracción pasó por su hermoso rostro de antiguo perfil, y en el que el dolor había dejado ya su huella fatal. Y las dos hermanas caminaron por el sendero poblado de adelfas.

Sobre la cumbre mas elevada de la colina, á la que se sube por una pendiente cubierta de céspedes enrojecidos por los rayos del sol y que parecen un tapiz de terciopelo, se eleva una antigua fuente desvastada, carcomida por el tiempo, y cuyo desnudo perfil se destacaba sobre el valle poblado de sombra á los últimos resplandores del astro luminoso. Esta fuente como lo indicaba una inscripción cubierta de cicatrices había sido construida por Juan-Angel Medichino de Milan, que fue Papa bajo el nombre de Pio IV, y bajo el pontificado del cual fue concluido el concilio de Trento. Componíase de una simple lápida hecha pedazos, rodeada de espirales medio borrados por el tiempo y coronada de un cornisamento desportillado entre cuyas hendiduras habían nacido á modo de un penacho, verdes malezas. Al lado de una especie de pedestal ancho y bajo que servia para colocar los cántaros, crecía una planta cuyo tallo estaba erizado de negras y agudas espinas, y hechaba una pequeña flor parecida á las margaritas de nuestros prados; pero cuyo pétalo era de un amarillo verdoso y sus hojas casi negras. Como se llamaba esta flor, esto es lo que no sabré decir. Los cabreros de la montaña la llamaban la flor de las hadas. Se le atribuía una influencia malhechora y misteriosa; decían que su savia era veneno y que bastaba entretejer una flor á la corona de una recién casada, para hacer palidecer su frente, para hacer cambiar su velo de novia, en ropas de luto.

Cuando las dos hermanas llegaron á la fuente, ya era de noche; la luna arrojaba reflejos grises y plateados sobre toda la campiña, y hacia brillar como el acero bruñido al fuego, las flores de la planta fatal.

Luisa tomó el cántaro de su joven hermana, le colocó bajo el caño de donde el agua corría lentamente, y así que estuvo lleno, púsole sobre la cabeza de Laura diciéndole con lastimero acento:

—Laura, vuélvete á casa que allá iré yo dentro de poco.

—Tengo miedo de irme sola: por qué no vienes tú?

—Yo iré á buscar á padre al campo.

—Con ese cántaro lleno? preguntó Laura que adivinaba una mentira.

—Laura, vete te digo, yo lo quiero. Hoy es el día de las hadas, y podría sucederte una desgracia.

La pobre Laura se alejó sin proferir palabra; pero temblaba de terror al menor matorral que se destacaba en sombrías masas, y largo tiempo se volvió hácia la cumbre de la montaña llamando á su hermana; pero su voz se perdía en el silencio de la noche, y nadie le respondió.

Cuando Luisa se quedó sola, se dejó caer en tierra, apoyó la cabeza sobre las piedras de la fuente, y un rudo combate debió trabarse en su alma, porque su seno palpitaba fuertemente.

A los diez y seis años Luisa no había perdido su alegre sonrisa ni el brillante centelleo de sus negras pestañas, ni la risueña frescura de su hermoso rostro. Por la tarde iba con sus compañeras, al toque de oraciones, á cantar delante de las madonas, y su voz fresca y clara parecía la voz de un ángel.

Ninguna bailaba entonces mejor que ella una saltarella, ninguna tenia un brazo mas flexible ni mas hermoso para agitar la pandereta. Pero un día toda esta hermosura toda esta alegría se desvaneció como el

humo. Luisa no tomaba ya parte en los bailes de la tarde, Luisa no iba á rezar á los pies de la Virgen; la jóven buscaba el silencio y la soledad para llorar, y su juventud se consumía entre las lágrimas. Era porque Ginebra era aun mas bella que Luisa, por que tenia mas hermosos cabellos, porque Ginebra hija de un rico labrador, tenia pendientes de oro, sortijas de oro, alfileres de oro en sus cabellos, su delantal estaba adornado de ricos bordados, su corsé estaba cubierto de franjas de oro y lentejuelas, llevaba al extremo de su zagalejo anchas franjas de terciopelo y por debajo de él se dejaba ver un borcegui encarnado que brillaba en los campos como una amapola. Era porque la voz de Ginebra era aun mas sonora y fresca que la de Luisa y porque bailaba mucho mejor que ella.

Así es que, como roe un gusano una flor, así había la envidia roído el corazón de la pobre niña, y allí estaba desesperada, loca, moribunda.

De repente una especie de agitacion febril se apoderó de ella; inclinóse hácia la planta sombría que crecía cerca de la fuente, y arrancó una flor, haciéndose una profunda picadura que le hizo arrojar un gemido doloroso.

Cuando tuvo en sus manos la flor, sacó un largo alfiler de plata que sujetaba sus cabellos, y con yo no sé que palabras,—que debían ser blasfemias—hundió el alfiler en el pétalo de la flor.

Era una supersticion del país que atravesando así el corazón de la flor, se debía atravesar del mismo modo el de la persona cuyo nombre pronunciaban los labios.

La jóven en su delirio, había nombrado á Ginebra su rival.

A la noche cuando Bartolomé volvió á la choza con sus cabras, no encontró mas que á la pequeñita Laura que rezaba ante una imagen de la Virgen.

—Donde está Luisa? preguntó el pobre hombre.

En la fuente de las hadas:—respondió Laura.

Bartolomé comprendió vagamente la horrible verdad; fué á buscar á sus vecinos, encendieron antorchas, y todos juntos se precipitaron hácia la colina.

Encontraron á Luisa desmayada cerca de la fuente con el cuerpo ya frio.

Un instante mas tarde, y la hubiesen encontrado muerta. Cosa estraña que aun no hubiese perecido á pesar de la fatal proximidad de la fuente y de la picadura de la planta infernal!—Pero su hermanita había rogado por ella á la Santa Virgen.

LA PREDESTINACION

I.

¡Qué enfermo y malo
que se halla el mundo,
quien no lo crea
tómelo el pulso.

IGLESIAS.

Que la predestinacion es una verdad, es para mi una cosa fuera de duda.

Los teólogos la admiten, y aun recuerdo haber leído, no se en que librote, un testo latino, que equivale al castellano “Sino estás predestinado haz por predestinarte.” Sin eso, todos los días se nos presentan millares de hechos que lo comprueban, solo que los hombres, que unas veces estamos ciegos, otras lelos y otras soñando, no notamos muchas cosas por mas que sean de bulto y resalten á nuestros ojos. Aduzcamos pruebas y será el medio de convencer á los incrédulos. Dice una copla vulgar:

Una estrella en la frente
Tiene mi mula,
Hasta los animales
Tienen fortuna.

En efecto, caballos hay que de manos de un contrabandista pasaron á las de un gitano, de las de un gitano á las de un chalan, de las de un chalan á las de un empresario de diligencias, y de este á las de otro de la plaza de toros para morir vilmente de una estocada de cuernos de un toro de Colmenar; que traídos y llevados en vida, mal comidos y bien apaleados, aun despues de muertos no están seguros, por que los traperos se apoderan de su pellejo para hacer cribas y cubiertas de baules, de sus huesos para hormillas y botones, de sus tripas para cuerdas ó servir de recipiente de morcillas y salchicha, y de su carne para engordar cerdos ó para hacer chorizos que aun á pesar de su procedencia pasan por legitimos de Estremadura.

Caballos hay que despues de haber pasado veinte años de grata holganza gordos y lucidos como ellos solos, despues de viejos aun tienen hermosa, limpia y ancha cuadra, con su ayuda de cámara correspondiente, que les almoáce y cuide, y les sirva sendos pienso de paja y cebada, y que cuando mueran serán enterrados dignamente en un jardin.

Las mulas de los magnates, y de la altas dignidades eclesiásticas, ocupan una posicion embidiable, para la raza mular se entiende, y las mulas de los carromateros y de las diligencias, están tan estiradas, tan éticas, tan flacas, la piel tan pegada á los huesos, que los médicos irracionales (alias Albéitares) pueden estudiar en ellas osteología y miología sin necesidad de diseccion.

La burra de doña Euduvigis el ama del cura de mi pueblo, es la burra mas gorda y de mas campanillas de tres leguas á la redonda, y los burros de los yeseros, son burros de yeseros y está dicho todo.

Gatos y gatas hay (es género muy abundante) sin casa ni hogar conocidos, que pasan la vida de tejado en tejado asaltando

cocinas de boardilla para pillar algun trozo de carne manida, espuestos á que una vieja mal humorada les rompa la cabeza con el palo de la escoba, ó lo menos á escaldarse las manos al sacar un pedacito de tocino que está cociendo en el puchero, y que despues de una vida llena de azares y privaciones, de llevar mil pedradas y trancazos de chiquillos, mil desprecios y arañazos de las gatas ricas, ó se espanzurran cayendo del tejado á la calle, ó mueren de hambre arrimados al cañon de una chimenea, ó van á parar al estómago de un soldado, ó al vientre de una empanada, ó lo que es peor, los cogen para llevarlos al doctor Heysern para que haga en ellos en vida, mil experimentos Fisiológicos en el Colegio de San Carlos; mientras el gato de doña Simeona pasa una vida de rey. Se pasea mas grave y serio por los salones de su casa que otros gatazos de grueso calibre por el Prado, se entretiene por gracia en arañar y estropear las sillas, se tumba á la bartola en una butaca, en un sofá ó en la cama de la señora; otras veces se rellana en un cojin y meneando la cola se alusa y laba los vigotes y la cara, y luego entona por mi bemol esa cancion gatuna tan conocida que comienza miau remiau y concluye fut, fut. Toma la señora el chocolate! La primera sopa para el gatito. Se sienta la señora á comer! Pues el gato que no es lerdo da un brinquito y se sienta en el regazo de su ama, arrulla un poquito y la da cabezadas en el brazo meneando la cola á derecha é izquierda y mientras ella engulle, el saca su bracito derecho y con una ligereza y un aplomo que ya, ya, se apodera de las mejores tajadas del plato. Cena la señora! Tambien el gatito cena, y eso amen de la cazolita llena de cocido y carne y asados y gollerías que mas de cuatro pobres gatos de dos patas embidarian.

Y cuando doña Simeona habla de su gato

es cosa de nunca acabar. Sabe su genealogía desde sus quintos abuelos, conoció á su padre y á su madre, tiene en la uña el día, la hora en que nació y el día en que le castroaron, porque la señora á quien de puro vieja, la gustan los gatos castos, mandó cortarles esos organos al parecer insignificantes, pero que tanto influyen en lo físico y moral y son á la vez los laboratorios de la propagación de la especie. Es tan fino, dice, que por la mañana no quiere tomar mas que chocolate y vizcochos, tan pulero que para hacer aguas mayores y menores siempre se va á la espuerta, tan coqueton que cuando no le hago fiestas comienza á dar saltitos y á llamarme como si fuera una persona, y no para hasta que le hago una caricia. Es muy guapo como que tiene dos lunares en la cara y luego su piel atigrada es tan hermosa, tan suave, ¿quieren Vds. verle? pues ahora. Y entonces la vieja grita con voz cascada: Morroño... Minino mis mis. Acontece que el gato está en la cama durmiendo, oye que le llaman, levanta la cabeza que tenía entre las piernas, aguza las orejas, se pone de cuatro pies, se sacude con la ligereza de un mico, abre la boca una cuarta, saca la lengua y se lame los labios, enrosca la cola, se espeluzna, alarga la mano derecha, luego la izquierda, tiende el cuerpo con mucha gallardía pegando la tripa á los colchones, le eleva formando un arco de curva superior, da un salto y se arroja al suelo, y de otro se pone sobre su señora, ella le pasa la mano por el lomo, y él la mira cara á cara y pone el rabo tieso que tieso, ella le dice, morroño mio ¿no sabes que tu amita te quiere? y él en su lenguaje gatuno contesta gurr gurr, y en estos dars y tomares el gato entusiasmado pega un topetazo en la boca de su ama y la hace saltar dos dientes positizos; ella furiosa le zurra, y él al huir de la borrasca la araña horrorosamente las

manos y rompe el vestido ó el pañuelo, pero á pesar de todo pasa por el mejor gato del barrio.

Y qué diremos de doña Nemesia Cascarabias? Siempre se la ve rodeada de una cohorte de perros, perros adelante, perros atrás, perros á derecha, perros á izquierda, perros americanos, perros daneses, perros de raza inglesa, perros de Terranova, perros falderos, y su casa es una perrería donde se encuentran de todas clases. Ella tiene, Cupidos, Otelos, Lindores, Caprichos, Tarfes, Sultanes, Braboneles, Osmanes y Zaidas, Zaras, Zulemas, Marquesas, Zoras, Lindas, Venus, Dianas, y tantos héroes y heroínas que con ellos bien pudiera alguno escribir una Perromaquia ó Perromea.

Estos perros tienen su cuartito y su cama correspondiente, escelente mesa, criado que les lave y peine, doncellas que les pongan abrigos y elegantes collarines, se recuestan en el regazo de su señora (privilegio negado á su marido, aunque algunos amigos de ésta participan de la gracia perruna) van en brazos de la señora que los besa y acaricia mientras sus hijos son besados, acariciados y cuidados, por una mercenaria montañesa; pasean en coche mientras muchos hombres de bien con sabañones y callos á pares y juanetes como huevos pasean á pie; toman sorbetes en el café en el platito de su ama, mientras la raza canina plebeya come lo que pilla en buena guerra, roe los huesos que disputa diente en ristre al traperos que le rechaza gancho en mano, ó bien está espuesto á morir villanamente envenenado con moreillas llenas de strignina, ó de pura necesidad.

Toros padres hay destinados á una vida de goces entre una manada de bellas vacas, y toros destinados á morir picados, banderilleados, achicharrados, capeados y estoqueados por hombres tan brutos como ellos.

Igual es la suerte de la familia gallinácea. Los gallos siempre cantando y gozando, mientras los pollos en cuanto pluman y dicen pío pío, se les retuerce el pescuezo, se les despluma y á la cazuela. Siempre, siempre en el mundo campeando ese terrible dualismo de unos pocos verdugos y una infinidad de víctimas! Siempre caballos, mulos, gatos, perros, toros y gallos gozando, y siempre otros trabajando para ganarse el pan nuestro de cada día!

Y qué diremos de esa otra clase de animaluchos de dos pies, que unos llaman sin pluma, otros racionales y otros risibles? Aquí la predestinación es mas marcada, porque el número de los predestinados es infinito. Su escala es mayor aun que la de Jacob, pues esta llegaba desde la tierra á los cielos, y la otra ademas de subir á la misma altura, baja desde la tierra á los infiernos. Citemos algunos ejemplos notables.

Estantignas hay que nacen con sangre de color de leche y fria como la nieve, que viven para vivir, sin vicios ni virtudes, y mueren de viejos, de hidropesía ó tumores blancos y se van derechos al cielo á gozar la gloria eterna.

Mozos hay que nacen para ser traviesos, locos, atolondrados; que á los 7 años andan á cachetes y rompen la crisma á sus compañeros; que se hacen sin saber como los capitanes en las pedreas; los gallitos en la escuela y los directores en toda trapi-sonda; que á los 14 años se enamoran, á los 16 se entregan de lleno á todas las pasiones, á los 20 se gastan, á los 25 son hombres modelos y temibles y antes de los 30 ó mueren de escesos, ó de una estocada en un desafío ó se suicidan yendo en seguida á pagarlas todas juntas en compañía de don Pedro Botero al reino de los infiernos donde el señor rey don Pluton les acomoda con Sisifo, Tántalo y comparsa, ó don Lucifer con Asmodeo, Astarol y toda

la canalla diabólica, para ser dignamente fritos en una caldera de aceite como si fueran buñuelos, ó asados en parrillas á guisa de chuletas.

Don Pancracio Bobadilla que vive siempre rodeado de sotanas y manteos, de Glorias y Kiries, que reparte un ochavo todos los sábados á los pobres que van á su puerta, y despide á cuatro infelices que entre semana le piden una limosna; que viste á las amigas del cura y del celador y no da un guinapo a los pobres verdaderamente necesitados, está predestinado á ser beatificado en vida y asaetado en muerte.

Nacen predestinados los hijos de los duques, marqueses, condes y capitalistas, á vivir en la opulencia y á cobrar ademas de sus pingües rentas, enormes sueldos por destinos que están seguros de alcanzar, pero tambien están predestinados á vivir sin satisfacciones verdaderas del alma, porque estas se reservan para aquellos que lo deben todo á su laboriosidad ó inteligencia. Serán adulados, es verdad, por todos los que de ellos necesitan, pero vilipendiados por los hombres sensatos al verlos entregados á la disipación y que tal vez en un banquete gastan cantidades suficientes para socorrer á toda una provincia azotada por el hambre. Muchas serán las flores que embellezcan el camino de su vida pero muchos están destinados á bajar de cabeza al vapor y á los infiernos donde les espera Satanás con toda su cuadrilla, armados de harpones, tenazas ganchos y saetas candentes para atenazarles *in internum* y hacerles bailar la zarabanda sobre un horno de brea asfáltica.

Algunos hay que desde lo mas alto del alcázar de la fortuna, bajan rodando á los abismos de la miseria. Nada mas fácil. O juegan en la bolsa, ó se enredan con una bailarina francesa, ó entre mayordomo, tesorero, contador, secretario, cocinero y adlateres le arman tantas tretas que le de-

jan á la luna de Valencia, ó bien deposita á réditos sus capitales en casa de un honrado comerciante de esos que gastan cruces de Isabel la Católica, de esos en fin, que quiebran aparentemente para presentarse á los quince días con mas trenes y lujo que un príncipe, así como otros se elevan sin saber como, desde la nada.

Quidan conozeo á quien hicieron por broma en Asturias en un día de Romería, nació á *fortiori*, y criaron de caridad, vino á Madrid, fue mozo de cordel, barrendero de calles, despues de cuadras, mas tarde lacayo, subió á cochero, y en el día gasta coche, magníficos trenes, tiene millones, figura en la bolsa, y á pesar de su facha pelayesca y antidiluviana, oliendo á cuba y á bota, pasa por hombre de pro, y estrecha entre sus groseras y mas que lija, ásperas manos, otras tan transparentes y tan lindas, que por besarlas daría yo la mitad de lo que tengo. (No llegaría á veinte rs.) Pero el diablo que todo lo enreda, (el diablo es un ente muy acomodaticio) hace que las pague todas juntas en este mundo, que tambien en este hay espiacones. En efecto, el bueno del astur, se enamoró de una jamona de lindos rebuscos, porque á un cuerpo gentil, aunque un si es ó no es rechoncho, reúne una cara picaresca que huele á media legua á alcaparrones y pepinillos en vinagre. En sus verdes años, fue coqueta de profesion, y un literato romántico, descolorido y barbudo, se encargó de formarla. Abandonada mas tarde y sustituida por otra de menos mérito entrisecho, de carita triangular de color de leche hervida, ojos negros y saltones, y ojeras como puños, nariz aguilena aunque algo mas afilada de lo regular, boca de piñon, labios delgados y muy bajos de color, dientes en miniatura, barba puntiaguda, cuello de garza, pechos en embrion y cuerpo microscopico; se alistó en las banderas de lo que en su tiempo se

llamaba clasicismo, y se dejó enamorar de hombres verdaderos, colorados, mosfetudos y vigorosos que escedian en positivismo á los románticos tanto como estos á los otros en lo escéntrico de ideas.

Descendiendo siempre en escala como sucede á todas las mujeres por mas lindas y remilgadas que sean, fue mas tarde el bocado predilecto de comerciantes, gente un tántico miserable, como que todo lo reduce á números, y que se paga de formas sólidas. Alternaban con esta familia algunos togados hambientos, médicos principiantes, boticarios sin botica, quimicos *in fieri*, agentes de bolsa, tahures en día de ganancias y trampas, administradores de casas, comisarios de policia, celadores de virtudes ajenas, pantallas de picardias propias y algunas estrañas, usureros que se cobraban adelantado, estudiantes á principios de mes, algun que otro jamon rancio ó viejo chocho sin desperdiciar por eso los amos y mozos de café que la servian café y copas aveces gratis. Imposibilitada por los años y las arrugas que iban afeando su palmito, por los alifafes que la molestaban y el mucho histérico que padecía, se contubo á *fortiori*, sirviendo desde entonces su casa de bazar de pecados mortales á todos los precios por mayor y menor, y ella de corredera de oreja, zurcidora de voluntades y gustos ajenos, amparo de doncellas recatadas, monedera falsa y pintora de virginidades en perspectiva. En tan edificante colegio y rodeada de una cohorte de locos, nécios calaveras, borrachos, jugadores, truanes, estantiguas y viejos verdes, á quienes ella llamaba amigos, pasaba una vida de válgame el diablo, hasta que el *quidan* nacido en Asturias la sacó del estado honesto, y ella le elevó hasta las hastas sin aches, porque como dicen que la cabra tira al monte, y el que malas mañas há, tarde ó nunca las perderá, sucedió que no bastán-

dola el pan de casa, ella lo compra y en grande de las agenas. Y aun se dirá que él y ella y ella y él no estaban predestinados!

Aquel mocito que apenas frisa en los 20 años, de esbelto tallo y gentil apostura, sonrosado de cara, ojos azules y pelo castaño, que lleva sombrero de última moda, echado de medio ganchete sobre la oreja izquierda, corbata azul, chaleco de cachemir, gaban de color de castaña, pantalón negro y bota muy lustrosa; que mira á todos los balcones, se le ponen los ojos chiquititos y se rie y echa piropos á millaradas en cuanto ve una hija de Eva, es un estudiante de teología que mañana será cura por especulación (según me ha dicho) tendrá dos brebarios, dos sobrinas chiquititas, dos amas guapitas y frescas, escopetas de caza y galgos, pero está predestinado á tragar plomo, azufre y alquitran derretidos en los profundos, sin que le valgan los de *profundis*, tan repetidos en vida.

Aquel caballero, tan largo como flaco de cara cetrina y dificultosa, donde descuella una nariz enorme colosal, semejante á un campanario de espadaña de Iglesia de aldea; que habla á troche moche de Liebig, Tenard y Dumas, es un farmacéutico trapalón, remontado en químico moderno, que así expende drogas á la módica ganancia de 100 por uno, como hace ensayos en todos los minerales de todas las minas de España, siendo él el predestinado á explotar filones sin desembolsos ni quiebras, pero Belcebúth que le mira con predilección tiene preparado un enorme crisol en que le fundirá, para luego ensayarle y coplearle.

Aquel mocetón gordo y molletudo, cuya cara no indica nada mas que salud, que viste lujosa librea, debía sustituir á los timbres ducales, otros dispuestos en esta forma. Un escudo acuartelado de fondo verde donde campasen toros, venados, cor-

zos y todas las bestias con cuernos; incluso los maridos, coronado en vez de casco con un sombrero lacayuno de tres picos, y una orla que dijese: duques descendien de nos, nos, non, descendemos de duques: y sería adecuado porque el tal descende de un plebeyo destripaterrones de Piloña, y viéndose acosado se vino de cuartel general á Madrid. Despues de tres años de noviciado y uno de Automedonte público, entró de auriga en casa de don Nicomedes Ciruelo, duque de Cornellana, señor muy bueno, muy amable, muy gordiflon y que siempre está durmiendo. Autores hay que afirman que don Nicomedes es hijo de su madre, y concebido á escote entre el barbero, el cirujano, el boticario, el sacristan y el beneficiado de un pueblo donde la buena señora pasaba muchos veranos, pero sea de esto lo que quiera, que á mi no me se dá nada, ni digo sí, ni no, y su alma su palma, y en boca del maldiciente no hay honra segura, cuanto mas que de Dios dijeron, y el hacer callar á las gentes, es querer poner puertas al campo, y pedir peras al olmo. Sea de esto lo que quiera, digo pues, que don Nicomedes se casó para perpetuar su ilustre familia con doña Sinforosa Camándulas, jóven de 25 abriles, larga y esgalichada, sin sal en el cuerpo ni en la mollera, cara empabonada, lábios gruesos, nariz roma y arremangada, ojos chiquirititos, frente de dos líneas, y un si es no es bigotuda y tirada á hombruno, y que encontrándose con un hombre momio, que en lugar del débito daba ronquidos y mas ronquidos, buscó por Cirineo al mozo de Piloña. Hé aquí otros cuantos predestinados. Es de ver que hablando de matrimonios, el número de los predestinados es infinito. En qué consiste esto? Cómo es que entramos sin corona en la cofradia de S. Márcos, y salimos coronados? Está así escrito? Consiste en ellos ó en ellas? Consiste esta predestinación universal en l.

esencia del matrimonio? No pudiéramos neutralizar las funestas influencias de las causas que nos llevan á este terreno? No pudiera el hombre predestinarse y hacer que se cumpliera aquello de «Yo soy sola y toda para mi amado, y mi amado todo y solo para mí? Si, vive el cielo. Marquemos esas causas dignas de ocupar el magán de un filósofo el mas loco ó el mas desocupado. Conocidas que sean, es de rigurosa aplicación el precepto médico de *Sublata causa, tollitur effectus*.

Es el matrimonio á veces una operación de bolsa, ó un trato comercial, un hombre se casa con un empleo, ó bien 5,000 duros, con 10,000 ducados ó un condado con un marquesado. Todo es igual, el amor es artículo de lujo ó aparte, él se asegura de incendios y ella se encuentra *ipso facto* asegurada, se ven como dos amigos, cada cual por su parte hace lo que puede, oficialmente se ayuntan, salen hijos legítimos de legítimos matrimonios, y si hay algun malicioso que diga lo contrario, la ley le contestará, *is pater est, quoniam iuste nuptiæ demonstrant*.

A veces cupidillo niño malicioso y travieso, hiere de un saetazo ó una estocada, dos corazones vírgenes, jóvenes, muy jóvenes, el amor se enciende con una fuerza volcánica, y no hay mas medio estra ó intralegal de apagar la llama, que encender la malhadada antorcha de Himineo. Cásanse, pues, y los 3 primeros meses viven en el paraíso, mas como la pícara y perra rueda de la fortuna siempre está dando vueltas, y no hay bien que mucho dure, á los 6 el fuego se apaga, el amor disminuye y de tanto gozo no queda mas que un recuerdo y la convicción de la libertad perdida. En tal estado el hombre y la mujer rompen por lo sano y hacen bien, y como sucede que el que no la corre antes la corre después, él se declara el amante nato de

todas las tórtolas que pasean por esos mundos arrullando y haciendo arrumacos, y ella se deja enamorar de cuantos tontos ó tunos la dicen un requiebro. Y en qué vendrán á parar esas misas? Par farce los diábolos dan una carcajada en los infiernos y preparan un par de hornillos de 200 varas en cuadro donde ella arda como en vida entre sus amantes, y él se achicharre entre sus queridas.

Al viejo verde que se casa con joven se le adelanta 7 años la gracia de Dios, y la vieja que se casa con mozo de 20 abriles, tiene que contentarse con el rastrojo de la cosecha, porque sabida cosa es, que cada oveja con su pareja, y cada cosa á su tiempo, y nabos en adviento, y el que escupe al cielo le cae en la cara, y además, que á la borracha pasas, y á la vejez viruelas.

TOMAS GARCÍA CEAÑO.

PARTE LITERARIA.

LUETOLA.

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS,

por

ENRIQUE DE LACRETELLE.

(Continuación.)

—No me amais! y por impedirme gastar algunos escudos de mi fortuna y algunos años de mi vida; vos la guardia de mi honor deis vuestro único asilo, vuestra esperanza, vuestro techo, vuestra góndola, la única herencia de vuestros padres! No me amais! y haceis por mi mas que una madre por su hijo! Me inmolais vuestra juventud y vuestra vida, renunciáis á todo, porque ne-

¡sitaís la góndola para entrar por la noche en el viejo palacio de los Fabbiani. No me vais! y olvidáis por mí la obligacion que se ha legado y la leyenda poética, y el ensiasmo de una mision santa! Pobre niña, ¡bien os llevará en adelante sobre las olas del Adriático! A donde encontrareis vuestra bella cabeza durante el dia, cuando fatigada de un trabajo misterioso, cierras tus cansados ojos para no ver la agonía de tu patria moribunda? *La Gavia!* era vuestro abrigo, vuestro abrigo contra los rayos abrasadores del Sol, vuestro casto retiro, vuestro recuerdo del pasado y vuestra quiera del porvenir! Lucciola, no nos atormentemos con crueles reticencias. Me vais, no hay para tí mas lugar en el Universo que entre los brazos que yo os tengo. Sed mi esposa así como habeis sido mi gel. Abandonemos estos sitios donde mi corazón se ha extraviado. Marchemos os lo aplico: pueden venir, partamos!

Ya Nestor cubria de besos y de lágrimas las manos de Lucciola, pero ella apartando la cabeza para ocultar su emocion, respondia:

—No! yo debo resistir á los encantos de la vida. No, aun cuando os amara, como me amáis, no me uniría á vos. Las galas de la desposada no están hechas para la que tiene el luto extraño que llevar. Cuando he llorado la nobleza de mi casa, lloro á mi padre; cuando he llorado á mi padre, lloro por la patria. No tomeis por vuestra amante la que está desposada con ruinas! Esta góndola ha sido mi palacio: será mi tumba, y me la volvéis. ¡No saldré de ella jamás!

Pues bien! interrumpió Nestor, yo seré vuestro huésped, tomaré parte en vuestros sufrimientos, responderé á vuestras lágrimas y no tendré mas asilo que la flotante góndola. Para los dos el Oceano, despues de la Libertad y la muerte, pues que no que-

reis la dicha! Al mismo tiempo apoyó con fuerza el remo en la ribera y lanzó la barca, pero se alejó mas que algunos pasos y la cadena dió un ruido sordo. Lucciola se adelantó asustada. Estaban cautivos por una nueva traicion de Roncari.

—Oh! exclamó con espanto! hablais de libertad y una cadena os responde.

—Y ningun medio de huir! replicó Nestor con desesperado acento. Se van á apoderar de mi juventud y hacerme infame como ellos! Que vengan añadió con amargura: vos me habeis rechazado.

Entonces Lucciola trémula y angustiada como si fuera á entregar su amante al verdugo, no escuchó mas que la pasion que gritaba en ella....

—Escuchad, le dijo hay un solo medio; ¿pero Dios me perdonará si le empleo? Si, mi corazón me inspira, porque mi destino me empuja hácia vos. Lo que voy á decir es tal vez una supersticion, pero creo en ella; sé creer en los milagros en momentos de desesperacion. Os he hablado de una llavecita que mi padre moribundo puso en mis manos. Era la que debía abrirme la puerta misteriosa que busco en vano hace tanto tiempo! La tradicion de nuestra familia dice que no podia servir mas que una vez. Aquí la teneis, provemos, tengo el presentimiento de que servirá para libertarnos.

Nestor la mira con religioso reconocimiento.

—Pensadlo, Lucciola, dándome esta llave, me dais vuestra vida, tuya es.

—Pues bien! repuso arrojándose hácia la cadena que sujetaba la góndola.

La llave entro. En este instante Roncari y Gattinara aparecieron con luces y corrieron á la costa; pero la *Gavia* siguiendo la corriente del agua que el viento llevaba á Venecia, desapareció en un torbellino de espuma, y Nestor respondia á las maldicio-

nes de Roncari estrechando á Lucciola contra su corazón.

Cuando llegaron al gran canal, la aurora iluminaba el techo del palacio Fabbiani. Brighella estaba á la puerta, admirándose de la vuelta de su huesped, que no habia visto salir.

—Cuánto te cuesta tu palacio? la gritó Nestor.

Brighella dudaba responder.

—Tu posada si lo quieres así continuo.

—Diez mil piastras, señor.

Yo te doy quince mil que tomarás mañana en casa de mi banquero.

Nestor y Lucciola subieron á la habitacion donde habia empezado esta historia. El jóven la condujo al sillón y contemplando estasiado su belleza mas brillante todavía á la luz del día.

—Lucciola, la dijo, te he engañado; cuando te presentaste ayer noche, veía ya el tesoro que buscas. La leyenda de tu familia ha tenido razon: he aquí lo que debia volverla su antiguo palacio, mira.

Lucciola levantó sus ojos hechiceros y siguió la direccion de la mano de Nestor. Entonces se vió ruborosa y radiante en el espejo que él la enseñaba, y respondió escondiendo su rostro en el pecho del jóven:

El tesoro amigo, es nuestro amor.

T. de L. H. Q.

ALBORADA GALLEGA.

Sonen tamboriles,

Gaitas é demais;

Axa danzas muitas

No-noso lugar.

¡Moza solteiriñas,!

¡Alegre rapaz,!

Casadas, viudas,

Saltar é bailar.

Sonen etc.

Distincion non axa,

Sea en hermandá,

Que nos veu á Pai

D' esta Cristianda.

Sonen etc.

Po-lo ayre vibre

Este gran pracer,

Copras entonemos,

Ó noso cravél.

Sonen etc.

Non oculte ú eco

Tan grato chegar,

Sone n' os confines

Po-la alta mar.

Sonen etc.

No-nos olvidemos,

Pidir ó Señor,

Anos nos conserve,

Ó novo Pastor.

Sonen etc.

¡Que cara garrida!

¡Que tesouro é!

¡Que mirar de Anxel!

A todos nos veu.

Sonen etc.

¡Fror tan galaniña

Cuidémola ben!

Non-se nos marchite!

¡Anos viva cen!

Sonen tamboriles.

Gaitas é demais,

Axa danzas muitas,

No-noso lugar.

ANDRES BELLON Y SOMOZA.

Imprenta de Felipa Martin, á cargo de Juan Paredes, calle de S. Millan, 4 pral.

